

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS
G R A N A D A

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. ANTONIO GALLEGO MORELL

EN SU RECEPCION ACADEMICA

Y

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. EMILIO OROZCO DIAZ

EN LA SESION PUBLICA CELEBRADA EN EL
SALON DE CABALLEROS XXIV DEL PALACIO
DE LA MADRAZA EL DIA 5 DE JULIO



G R A N A D A
1985

Depósito Legal: GR. núm. 241 - 1982

GRAFICAS DEL SUR, S. A. — Boquerón, 6 — Granada 1985

Discurso

del

Excmo. Sr. D. ANTONIO GALLEGO MORELL

EL LIBRO EN LOS LIBROS

Excmos. e Ilmos. Sres.
Señoras y Señores:
Amigos todos:

En el trámite convencional de lo que constituye un discurso de ingreso en una Corporación es tarea obligada comenzar por trazar un elogio o evocación del académico cuya vacante se viene a ocupar. Yo llegué aquí, por cariño de quienes me propusieron y votaron por unanimidad, para ocupar la vacante de un granadino de excepción: Antonio Gallego Burín, cuya biografía tracé en un volumen de ciento cincuenta páginas (1) a las que ahora me remito como cumplimiento de esta obligada tarea. Desde que escribí aquellas páginas hasta hoy, en que nos vamos acercando al XXV aniversario de su muerte, me acostumbé a objetivizar su nombre y a tratarlo como una realidad más de las que integran el paisaje humano de esta ciudad sin par en la que los dos nacimos en la misma casa —Plaza de Santa Ana—, casa en la que él estableció la redacción de su periódico *Renovación*, cuando desde las filas de los jóvenes mauristas se dejó llevar simultáneamente por la fascinación de

(1) Gallego Morell, Antonio: *Antonio Gallego Burín*, Madrid 1973.

Juan Ramón Jiménez en lo literario y de Francisco Cambó en lo político; de aquella casa nacieron luego los *Cuadernos de Arte* de la Facultad de Letras y cuando yo llegué como estudiante a esa misma Facultad la dirección, otra vez, de la Plaza de Santa Ana n.º 20 y el teléfono 1-6-5-9 volvían a ser consignados para nuestras primeras empresas literarias de las revistas *Vientos del Sur*, *Cuadernos de Teatro* y, posteriormente, *Molino de Papel*. Al decidir, pues, ir sólo a vuela pluma, por razones obvias, en esta tarea de trazar la semblanza del académico cuyo sillón vengo a ocupar y remitir a mi libro escrito con emoción sobre su figura irrepetible, he querido que el tema de mi discurso tuviese relación directa con alguna de las facetas que caracterizaron su perfil cultural. Y el abanico que se nos ofrecía era asombrosamente amplio y ejemplarmente coherente. Cualquier tema que escogiese podía enganchar en su nombre porque de él podía decirse lo que de Cambó escribía Ossorio y Gallardo: “Alguien que le conoce bien dice de él que, a pesar de ser tan delgado, nunca acaba de darle la vuelta”. Y me he decidido por un tema que nos lleva al Gallego Burín menos conocido: al joven funcionario del cuerpo facultativo de Archivos, Bibliotecas y Arqueólogos que estuvo, en 1915, destinado en la Biblioteca Nacional de Madrid a las órdenes directas de don Francisco Rodríguez Marín que le tuvo especial afecto. Es el Gallego Burín anterior a su *José de Mora*; a la empresa de la resurrección en la Alhambra de los autos sacramentales de Calderón prohibidos desde el siglo XVIII; anterior a la Casa de los Tiros que es el cenáculo ganivetiano desde el que llega a la reforma de Granada, explica su gestión en la Alcaldía y su posterior culto a Toledo desde el Madrid de la Dirección General de Bellas Artes entre cuyas urgencias administrativas sueña constantemente con su Plaza de Santa Ana. Es el Gallego Burín de su

propia prehistoria, acompañando a don Francisco de Paula Valladar y ayudándole en su correspondencia para dar vida a la revista "La Alhambra"; el que lleva aires nuevos al Archivo de la Delegación de Hacienda; al que el profesor de Arte Domínguez Berrueta le encarga la organización de la Biblioteca de la Facultad de Letras; el del Museo Arqueológico de la Casa de Castril; el que también organiza la biblioteca del Centro Artístico... Fruto de esos años y del carácter específico de su etapa de archivero-bibliotecario son varios trabajos suyos primerizos y anteriores a sus afanes en el campo de la historia del arte (2). Esa vertiente, acaso la menos conocida del inquieto granadino de los años anteriores a los felices veinte, me lleva de la mano a intentar sorprender al libro como tema en algunos autores. Ya él, en sus días de trabajos en la Biblioteca Nacional, le oíría a Rodríguez Marín un rosario de refranes:

-
- (2) *La Biblioteca de Letras. Sus vicisitudes y actual organización.* "Lucidarium". Granada, 1916, n.º 1, págs. 39-47.
Los periódicos granadinos en la Guerra de la Independencia (1808-1814). "La Alhambra". Granada, 1918, T. XXI, págs. 110-112, 131-133, 156-159, 182-184, 203-206, 231-234. 252-254, 276-280, 298-302, 325-328 y 346-347. (Existe tirada aparte, Granada 1918, 33 págs.).
Una biblioteca municipal. "Renovación". Granada, 30 agosto 1919, n.º 27.
El Presupuesto de Instrucción Pública y las Bibliotecas municipales. "Renovación". Granada, 10 noviembre 1919, n.º 33.
Al Cabildo: Biblioteca al aire libre. "Noticiero granadino". Granada, 11 octubre 1920.
Datos para la historia del periodismo español: Una colección de periódicos del reinado de Fernando VIII (1820-1823). "Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla y San Martín". Madrid, 1927, T. J., págs. 347-367. (Existe tirada aparte. Madrid, 1927, 21 págs.).

Amigos y libros, pocos, buenos y bien conocidos

Más vale un libro y un estudioso, que cien libros solos.

Toda una consigna para bibliotecarios: abrir los libros a la consulta y a la lectura; bibliotecas populares antes que colecciones para bibliófilos:

Un libro bueno no tiene precio

Libro cerrado no saca letrado

Libros de lujo, libros sin uso.

Libro en el estante y guitarra en el rincón no hacen ningún son.

Para ser tonto, los libros son estorbo (3).

Desde la torre, la de Juan Abad, Quevedo escribió un espléndido soneto limpio ya en la no menos espléndida edición de José Manuel Blecua a quien mi maestro Emilio Orozco y yo adoramos como a ningún otro amigo:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos, libros juntos
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.
Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos. (3)

(3) Rodríguez Marín, Francisco: *Refranerillo español del libro* (2.ª edición). Madrid, 1933.

(4) Quevedo, Francisco: *Obra poética*. Edición José Manuel Blecua. Madrid, 1969, T. J., pág. 253.

Son los dos cuartetos de un soneto al libro, que podríamos fechar en 1637, como elección para una antología de urgencia —y con urgencia escribo y empujado este discurso— sobre el libro en los libros. Libros siempre abiertos, repartidos en distintos lugares, siempre despiertos, con la imprenta logrando vencer a la muerte que esto fue lo que logró Gutemberg al vencer con sus tipos móviles al manuscrito y a la iluminación de pergaminos: posibilitar la corrección de la errata; si esto no hubiese sido posible Juan Ramón Jiménez hubiese montado con Zenobia un anticuario con salón de thé y no hubiese escrito nada, ni hubiese dado vida a la editorial “Signo”, ni hubiese pasado a máquina de imprimir su hojita de peregril. Los libros salvaron a Quevedo del destierro; los libros iluminarían luego la visión o las visiones de Borges. El último vocablo *desiertos* del primer verso del soneto de Quevedo se puebla con el *juntos* del final del verso segundo: los libros pueblan el paisaje que se vislumbra *desde la torre* como el *doctos* enriquece y multiplica el *pocos*:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos, libros juntos

Y el poeta de la muerte, del reloj implacable, de la ruina, resucita muertos y difuntos, con su conversación, con su lectura y mantiene abiertos los libros hasta profundizar en ellos; y ¿cuáles son sus asuntos?: Su propio hacer literario que los libros *enmiendan* o *fecundan*,

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.

Cuando Eugeni D'Ors —es todavía el escritor estrictamente catalán— crea con espíritu laicamente misionero su red de bibliotecas populares en Cataluña —la de la barcelonesa calle Canuda, la de Olot, Vall, Sallent o Borjas Blancas— preceptúa colocar en cada una de ellas un acuario con peces de color como recordatorio del único ser vivo que con la imaginación de su color puede distraer la atención en un lugar de estudio, acuario que sustituiría al cartel que impone silencio pero a cuya idea añade la otra de la actividad de la misma manera que encima de las puertas de entrada de esas bibliotecas dispuso la colocación de una Virgen con su lámpara de aceite; parece como la versión noventaiochista del soneto barroco del Quevedo caído en desgracia tras la otra caída del Duque de Osuna. No era muy copiosa la biblioteca de Quevedo pero todavía parece que está viva merced al acierto de los versos que la evocan.

Xenius decidió hacer bibliotecaria a la *Bien Plantada*. En la historia del catalanismo es esencial el requerimiento de colaboración que hizo Prat de la Riba a Eugenio D'Ors, el *Xenius* del *Glossari* de 1906: ambos encarnaban un vago y definido concepto de la *tradición* y la *escuela* contra las ideas evanescentes del romanticismo, la anarquía y la improvisación. Por algo, años después, el museo tipográfico de Amberes de Plantin-Moretus sería definido por D'Ors como el “sanatorio de la Obra bien Hecha” (5). De esa colaboración y de las propias inquietudes del *Glossari* nacen las iniciativas más felices para la cultura catalana: la creación del Institut d'Estudis Catalans, la fundación de la Biblioteca de Catalunya, la creación de la red de Bibliotecas Po-

(5) D'Ors, Eugenio: *U-Tunn-It*, 1923, pág. 82. (Recogido en *Nuevo Glosario*. Madrid, 1947, T. I, pág. 487).

pulares y, la más original en el desierto panorama español, la puesta en funcionamiento de la Escuela de Bibliotecarios, la obra más directamente vinculada a la persona y al estilo del *Xenius* de aquellos años que ocupa la Dirección de Instrucción Pública de la Mancomunidad de Cataluña, hasta su definitivo choque con Puig y Cadafalch y toda la burocracia que significaba la administración concreta de entonces contra la imaginación desbordada del D'Ors que llevó estilo literario y preocupaciones de redacción al Reglamento de aquella inicial escuela de Bibliotecarias, que venía a llenar el vacío de unos estudios que no alcanzarían por entonces, la santa continuidad d'orsiana. Es la etapa de su creación lingüística en catalán que centra *La Bien Plantada*, encarnación del Novecentismo en cuyo espíritu encaja el ambiente de esa nueva profesión a la que abre las puertas con su Escuela de Bibliotecarias. Teresa —la protagonista de la novela— se va dibujando a través de unos ambientes: las hermanas, las amigas; y de una serie de comparaciones: con la Gioconda, con Pitágoras, equiparando la contemplación del último baño de mar de la Bien Plantada, entre frescos de Otoño, con el último día, un 13 de Julio, víspera de la fiesta nacional francesa, en que al joven estudiante Eugenio D'Ors le es dado trabajar en un rincón de la "Biblioteca Victor Cousin" de París porque al día siguiente la cierran hasta el año siguiente, como tras aquel baño de la *Bien Plantada* cierran también el Mediterráneo hasta la próxima temporada. Faral trazo —¿verdad Dámaso?— la descripción y las proporciones de la bella medieval; D'Ors también nos ofreció las medidas de las partes del cuerpo y la fisiología de la bella "donna" novecentista. Pero sólo D'Ors, en el campo de la creación literaria, ha realizado la comparación de una mujer —en su baño de mar— con una biblioteca —en el día de su último servicio

anual— (6). Este D'Ors de *La Bien Plantada* es el fundador de la Escuela de Bibliotecarias de Barcelona. Si la cronología hubiese funcionado de distinta manera, cuando D'Ors nos habla “de la moda y del modo de vestir de *La bien Plantada*” y elogia su holgura y espuma y su traje blanco, sin otra concesión que el “vestido de color fresa”, hubiese prescrito también un sombrero por si quería asistir a las clases de su Escuela de Bibliotecarias, prenda cuyo uso recomendaba a sus alumnas para asistir a las clases.

La primera Biblioteca, esencialmente pública de Europa, fue la Ambrosiana de Milán, inaugurada en 1609 por el Cardenal Federico Borromeo y adelantada como elemento literario en uno de los capítulos de *Los novios* de Manzoni, cuyo segundo centenario celebramos este año, cuando las palabras “novia” y “novio” han muerto en el lenguaje de la época del sexo. En la traducción que de *I Promesi Sposi* lleva a cabo Juan Nicasio Gallego resalta como “en el reglamento que dejó para gobierno de la biblioteca, se descubrió una intención de utilidad perpetua, no acertada en su esencia, pero sabía en muchos puntos y superior a las ideas y hábitos comunes de aquella época. Prescribió al bibliotecario que entablase y conservase relaciones con los hombres más doctos de Europa, para enterarse del estado de las ciencias, y tener noticia de los mejores libros que se publicasen, a fin de adquirirlos. Le impuso el cargo de indicar a los que se dedicaban al estudio las obras que podían serles de utilidad, y mandó que a todos, naturales y extranjeros, se les franqueasen los libros; y en la historia de la Ambrosiana, escrita con el estilo y elegancia de aquel siglo, por cierto Pedro Pablo Bosca, su bibliotecario,

(6) D'Ors, Eugenio: *La Bien Plantada*. Traducción del catalán de Rafael Marquina. Madrid, 1920, págs. 68-69.

después de la muerte del Cardenal, se especifica, como extraordinaria, que en aquella librería fundada por un particular, se prestasen a todo el mundo los libros, se franqueasen a cualquiera que los pidiese y se le diese asiento, pluma, tintero y papel para hacer apuntes, mientras en otras célebres bibliotecas públicas de Italia, los libros quedaban ocultos en los estantes, de donde no se sacaban sino cuando por favor se les antojaba a los bibliotecarios franquearlos a alguno, sin que hubiese ni idea siquiera de asiento y comodidad para poder leer los concurrentes" (7). La prosa de Manzoni adelanta, en relación con la función bibliotecaria, los textos de D'Ors, y el Reglamento de la Ambrosiana de Milán el Reglamento de la Escuela de Bibliotecarias de la Mancomunidad de Cataluña redactado por *Xenius*.

Es todo un símbolo que los hombres que representan en la cultura española la idea del orden —D'Ors y Ortega— sean quienes nos ofrecen en su obra un corpus de doctrina sobre la misión del bibliotecario y que sean quienes insten al Estado, primordialmente en España, a mirar hacia los bibliotecarios. Todo el empeño de D'Ors estuvo al servicio de devolver alegría, limpieza, aire limpio de un Mediterráneo renacentista a la profesión de bibliotecario frecuentemente enrarecida como refleja la novela *U registraturi*, (*El Archivero*), del novelista yugoslavo Ante Kavacic (8) que, vuelto loco, muere con el incendio que él mismo provoca del archivo que rige.

La crítica literaria ha buscado tradicionalmente en lo que se denominaban las fuentes literarias, ideológicas

(7) Manzoni, Alejandro: *Los Novios. Historia milanesa del siglo XVI*. Traducción de Juan Nicasio Gallego. Madrid, 1880, págs. 290-291.

(8) Kovacic, Ante: *U registraturi*. Zagreb, 1888.

o de pensamiento de cada autor; pero también pueden rastrearse como se recuerdan o emergen los libros, los libros incluso como objeto en muchos escritores: desde el Garcilaso sin comentario que llevaba en su faltriquera el licenciado Vidriera a los libros que surgen en muchas obras del escritor catalán Narcís Oller, investigación que ya realizó una bibliotecaria, María del Carmen Ribé (9).

A veces el libro se convierte en protagonista de novela como acontece con la narración de Jorge Campos, *Vida y trabajos de un libro viejo*, de “asendereada existencia, con un remate que cualquier mozo de muchos años hubiera ambicionado” (10). Con constante recuerdo y transposición de la vida del pícaro al peregrinaje del libro viejo narra Campos el nacimiento, andanzas en Indias, dejarse leer por el Santo Oficio, dar con su lomo y tapas en Lisboa, ser testigo y protagonista de “la de San Antonio” de Bartolomé José Gallardo, entrar en venta, préstamo o trueque con otro libro. La narración de Jorge Campos es el intento más agudo de convertir al libro en protagonista a veces “embalado en un fardo, soportando el peso de un Repertorio Universal de todas las leyes de los Reinos de Castilla, y sobre una pila de Lazarillos” o bien “en un torneado armario, contento y bien tratado, en medio de dos hinchados personajes, un Inquiridión de tiempos y un Arte poético de Rengifo”.

(9) Ribé, María del Carmen: *Els llibres, la literatura i la música en las obras “La papallona”, “L’escanyapobres”, “Vilamin”, “La febre del pilar Prin” i “La Bogeria” de Narcís Oller*. “Biblioteconomía”. Barcelona, 1975, n.º 79, páginas 19-72.

(10) Campos, Jorge: *Vida y trabajos de un libro viejo (contados por el mismo)*. Valencia, 1949, pág. 65.

Pero existen muchos motivos que centran en Dinamarca un denotado interés por los libros y de allí nos llega el “planto” por el incendio de la Biblioteca de Tomás Bartholino establecida en el campo de Hagested considerada como su Tusculum, el moderno Frascati en el que Cicerón escribió sus *Cuestiones Tusculanas*. Bartholino evoca los incendios de bibliotecas a través de la historia y se detiene en el incendio de la Biblioteca de Alejandría en la que Séneca anota que ardieron 400.000 libros; pero arranca de más lejos: de Vulcano y del fuego para llegar a rechazar la lista de los libros perdidos y evocados, según firma la dedicatoria de su libro: “Desde mi tusculano de Hagestad a 1 de Julio de 1670” (11). El libro de Bartholino es la elegía con acento de humanista por la pérdida de una biblioteca especialmente rica en tratados de medicina.

En torno al libro ha abundado siempre un cierto pintoresquismo, el mismo que inspiró al bibliotecario de la biblioteca parisina del Arsenal y fundador del “Bulletin bibliophile” (1834) Charles Nodier, su obra fantástica-bibliográfica *El Bibliómano* (12) a cuyo protagonista un ejemplar encuadernado por Thouvenin, al que se abrazaba con pasión la noche de su muerte, le prolongaba la vida, al contrario de lo que acontecía a los monjes de la novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa* (13) a quienes un ejemplar de Aristóteles le provocaban la muerte en la baja Edad Media. Entonces los libros se presentan como final de una búsqueda; en el siglo XIX

-
- (11) Bartholino, Jorge: *El incendio de la Biblioteca*. Estudio, traducción y notas por José López de Toro. Valencia, 1949.
- (12) Nodier, Carlos: *El bibliómano* (y *Subasta de mi biblioteca* de Octavio Uzanne). Traducido por María Brey. Valencia, 1948.
- (13) Eco, Umberto: *El nombre de la rosa*. Traducción de Ricardo Pochtar. Barcelona, 1982.

como la ilusión coleccionista que revive las inquietudes del Renacimiento; en la biblioteca del Arsenal están los libros cedidos por Carlos X y el Arsenal es uno de los primeros atisbos de biblioteca pública. En cambio, el plano de la biblioteca de la novela de Umberto Eco se superpone a la cartografía de la época. En el Arsenal, podemos imaginar la figura del bibliotecario; en la novela de evocación medieval el pupitre y la cadena que evitan el acceso de lectores. El personaje de Nodier es sepultado bajo una lápida que parodia la de Benjamín Franklin, impresor, editor y fundador de la biblioteca pública más antigua de América del Norte, "ejemplar in-folio bajo encuadernación en madera" que yace en el cementerio picado de polilla, manchado de moho y sin esperanza.

Pío Baroja en las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* recoge la obsesión del coleccionista de libros que enlaza con aquel personaje de Flaubert de naturaleza taciturna, soñadora, triste, sombría que sólo tenía la obsesión de los libros aunque no sabía leer. En la novela de Baroja nos interesa el afán coleccionista de don Avelino Diz de la Iglesia que fue de la filatelia a la numismática y de éste a la arqueología y así se deslizó a la bibliografía. "Al principio los compraba, los leía, ponía un número en su primera página, una contraseña y un sello, y los colocaba en la estantería de su gabinete (14). Habitaba en la madrileña calle de Valverde, su biblioteca particular se inició en la mesilla de noche, después en un baúl y se desbordó por debajo de la cama; de aquí que don Avelino pensó en formar su Biblioteca y el carpintero le

(14) Baroja, Pío: *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*. En "Obras Completas". Madrid, 1947, T. II, pág. 48.

preparó estanterías y las llenó de libros y continuó almacenándolos por el suelo. Un buen día perdió la llave de la habitación-biblioteca y descubrió que la puerta tenía un montante. Don Avelino solo compraba libros en dieciseisavo y atados con un bramante los arrojaba por el montante y cuando quiso un día entrar en la habitación, descerrejando la puerta, no pudo abrirla y tuvo que iniciar la tarea —manivela atrás en el film— de ir pescando otra vez los libros desde el montante. Las escenas son las típicas del Chaplin de entonces, y nos enlazan con la crítica bibliotecaria que realizará Umberto Eco a propósito de Borges.

En una conferencia pronunciada en la Universidad de Belgrano en Buenos Aires, Jorge Luis Borges habló de *El Libro* (15): “De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación”. Y Borges recuerda como Bernard Shaw, en *César y Cleopatra*, definió a la Biblioteca de Alejandría como memoria de la humanidad, iniciando una “saga” de acepciones que hoy nos llevan a preguntar por las memorias del ascensor o de las computadoras y no sabemos si éstas acabarán sustituyendo al libro: ya por lo pronto, los tipos *Bodoni* tienen un museo en Parma y los grabados de Ana Heylan o de los hijos y nietos del Nebricense constituyen la gran riqueza granadina de un ayer de esplendor hoy relegado por la fotocomposición. Para Borges, en el alumbramiento del libro nada es casual. “El Quijote —dice el autor argen-

(15) Borges, Jorge Luis: *Prosa Completa*. Barcelona, 1980.

tino— es más que una sátira de los libros de caballerías. Es un texto absoluto en el cual no intervienen, absolutamente para nada, el azar”. Y en prosa Borges ha trazado el más emocionante poema sobre el libro como presencia: “Yo sigo jugando a no ser ciego, yo sigo comprando los libros, yo sigo llenando mi casa de libros. Los otros días me regalaron una edición del año 1966 de la *Enciclopedia de Brokhaus*. Yo sentí la presencia de ese libro en mi casa, la sentí como una suerte de felicidad. Ahí estaban los veintitantos volúmenes con una letra gótica que no puedo leer, con los mapas y grabados que no puedo ver; y sin embargo, el libro estaba ahí. Yo sentía como una gravitación amistosa del libro. Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres”. Borges no es bibliófilo. Ama los libros como los quería Quevedo:

Si no siempre entendidos, siempre abiertos.

Y es curioso que Borges, ciego, defienda al libro frente al disco, frente a la cinta grabada. Borges, en su prosa, arranca de las evocaciones del libro en los *ensayos* de Montaigne o de Emerson, en las páginas de Spengler. Pero en su poesía surge Hsiang el guardián de los libros (16) y el contraguardián: el lector.

Mis noches están llenas de Virgilio;
haber sabido y haber olvidado el latín
es una posesión, porque el olvido
es una de las formas de la memoria, su vago sótano,
la otra cara secreta de la moneda (17)

(16) Borges, Jorge Luis: *Obra poética*. Madrid, 1972, págs. 341-342.

(17) *Idem*, págs. 367-368.

En "La biblioteca de Babel" que Borges firma en 1941 en Mar de la Plata recogida en su libro de prosa, o mejor que de prosa, en su libro de *Ficciones* (18) Borges insiste en el tema y crea una arquitectura ideal que él dibuja más adentro de sus pupilas que es donde éstas saben ver: "Se compone de un número indefinido, y tal vez, infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercado por barandas bajísimas... veinte anaqueles, a cinco largos anaqueles por lado, cubren todos los lados menos dos; su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un bibliotecario normal... A la izquierda y a derecha del zaguan hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie, otro, satisfacer las necesidades fecales. Por aquí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hacia lo remoto. En el zaguan hay un espejo que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir en ese espejo que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente ¿a qué esa duplicación ilusoria?". Borges ha creado la utopía arquitectónica y funcional de la biblioteca de la nueva literatura. Por eso la figura real de mi Borges, vecino a la cercana calle Florida de Buenos Aires, irrumpe en el personaje del monje Jorge de Burgos, ciego también como el propio Borges: "era un monje encorvado por el peso de los años, blanco como la nieve; no me refiero sólo al pelo sino también al rostro y a las pupilas. Comprendí que era ciego. Aunque el cuerpo se encogía ya por el peso de la edad, la voz seguía siendo majestuosa, y los brazos y manos poderosos. Clavaba los ojos en nosotros como si nos estuviese viendo, y siempre, también en los días que siguieron, lo ví moverse y hablar como si aún poseyere el don de la vista" (19).

(18) Borges, Jorge Luis: *Ficciones* (La Biblioteca de Babel). Barcelona, 1985, págs. 89-100.

(19) Ed. cit. pág. 100.

Cuando va pasando el frenesí de lectura de la breve narración de Borges y de la amplia novela de Eco, en cuya lectura y descifrar se recrea el propio autor hasta el punto de escribirle unas apostillas (20), vuelve Eco a escribir, meditar y lanzar a las cuartillas —que no al viento pues sigue creyendo en lo permanente del libro— toda una teoría sobre la Biblioteca imaginada en una de las *Ficciones* de Borges (21) y juega a establecer todas las infinitas clasificaciones posibles de catalogación, estableciendo una lista de preceptos para su biblioteca utópica con reglas que van de la A a la Z, las del alfabeto: Por último agregó un requisito —escribe y es el precepto correspondiente a la letra Z—: “idealmente el usuario no debe poder entrar en la biblioteca”. Con sentido de humor, mezclando situaciones irreales y experiencias concretas Umberto Eco estructura, en su conferencia dictada en la Biblioteca Sormaní de Milán, traducida hace pocos meses al español por Andrés Soria Ortega, el más importante texto sobre esta presencia viva de los libros, las bibliotecas y los bibliotecarios en la literatura de creación.

Muchos más textos podríamos espigar en la obra de Borges; pero sin salir de su breve volumen de *Ficciones* nos encontramos otras páginas, significativamente dedicadas a Silvina Ocampo, hermana de Victoria Ocampo, la gran musa de la “Revista de Occidente” del

(20) Eco, Umberto: *Apostillas a El Nombre de la Rosa*. Traducción de Ricardo Pochtar. Barcelona, 1984.

(21) Eco, Umberto: *De biblioteca*. Traducción de Andrés Soria Olmedo. “Las Nuevas letras”, n.º 1. Almería, 1984, págs. 40-49. (El texto pertenece a una conferencia de Eco en la Biblioteca Comunal del Palacio Sormani de Milán, con prólogo de Pietro Florio, director de la Biblioteca Comunal de Milán, recogida en su libro *Sette anni di desiderio*. Milán, 1982.

propio Ortega y de la moderna escuela de traductores que Ortega congrega en torno a su editorial y revista. También con fastástico sentido del humor, Borges nos adelanta a "Pierre Mernard, autor del Quijote" cuya figura enmarca en el conjunto atrayente de su bibliografía enumerada de la letra A a la S del alfabeto con el suplemento acaso de una broma que Mernard gastó a la investigadora Madame Herí Bachelier sobre una versión de Quevedo de la *Introduction á la vie dèvote* de San Francisco de Sales: desde otro ángulo, una prueba más de cómo ha estado y está siempre permanentemente vivo Quevedo en las letras hispanoamericanas.

Teniendo como tapíz al fondo la historia y leyenda de los manuscritos del Mar Muerto, un novelista español actual, Antonio Prieto, imagina encontrar en las riberas del Mediterráneo de Torremolinos, que paseamos juntos, como indica el autor en nota a pie de página de su fabulación, enrollados en un volumen "un grueso número de papeles que circundaba un cordel de navegación" y transcribió en *Carta sin tiempo* (22) imaginaria novela-epístola que anotó a la manera de los libros clásicos y a lo largo de toda ella alentaba un recuerdo al Petrarca que buscaba manuscritos y al Garcilaso que atraía por entonces al universitario adentrado en tareas editoriales y de pura creación literaria: el mismo poeta español, Garcilaso de la Vega, que cruza por la prosa del *Bomarzo* del argentino Mujica Láinez. La novela de Antonio Prieto es exponente de un género en el que podríamos exhibir una rica antología y del que es, acaso la más atractiva muestra, una novela actual con biblioteca, archivo y manuscrito al fondo del novelista italiano Leonardo Sciascia en cuya vida se funden su Sicilia natal y la ciudad de Palermo, evo-

(22) Prieto, Antonio: *Carta sin tiempo*. Madrid, 1975.

caciones que convergen en su fantástica novela *El archivo de Egipto* (23). La novela de Sciascia evoca la sociedad siciliana en los albores de la Revolución francesa y en cuadros adelantados con extraordinaria viveza y sentido de la actualidad: "... Este hombre me dijo —se refiere el barón de Porceri, uno de los personajes del relato, a otro, el marqués de Caracciolo— ha conocido a Rousseau, ha hablado con Voltaire, con D'Alembert... A propósito: ¿sabeis que ha muerto Diderot? el treinta y uno del mes pasado... Enviadle un pésame al virrey, dijo don Severio, mientras se ponía de pie". Y la novela se sitúa en su época: se refiere al 31 de julio de 1784. Novela llena de viñetas costumbristas como las que acertó a escribir Gustav Freytag en los dos volúmenes de su novela *El manuscrito perdido* (24), creación literaria que años antes culminaron en su libro *Debe y haber* (25) del propio Freytag, acaso una de las novelas alemanas más leídas en su país en el siglo XIX con una literatura convertida en prosa desde los recuerdos infantiles de Silesia. En la novela de Freytag un profesor está a la búsqueda de un manuscrito de Tácito pero en su deambular no llega a ninguna biblioteca sino a una granja en la que el relato se torna en idilio amoroso con Ilse, cuyos encantos seducen al propio Príncipe alemán corrompido de aquellos años, época en la que el culto romántico por la poesía popular, que nace desde Herder, lleva a

(23) Sciascia, Leonardo: *Il Consiglio d'Egitto*. Roma, 1963. (Existe traducción al español de Ana Goldar: *El Archivo de Egipto*. Barcelona, 1987, 2.º edic., 1982).

(24) Freytag, Gustav: *Die verlorene Handschrift*. Leipzig, S.a. (Existe traducción española de la edición de Berlín de 1923, con el título *El manuscrito perdido*, 1864).

(25) Freytag, Gustav: *Soll und Haben*. Leipzig, S.a. (Existe traducción española de la edición de Leipzig de 1923, con el título *Debe y haber*).

prodigar estos temas de la búsqueda y hallazgo de manuscritos, o de la pura fantasía e invento de producciones falsas, hechos que se prodigan en las letras europeas; es la época en la que Castro y Rossi intentan presentar —de la misma manera que Champollion descifró los jeroglíficos —al Quijote como un *buscapiés*, superchería denunciada por Gallardo.

Sciascia crea un argumento en torno al pretendido códice árabe descubierto en la Biblioteca del Real Monasterio de San Martino y puesto en manos de Fray Giuseppe Vella que prepararía para su publicación el *Archivo de Sicilia*, enlazando sus textos con recuerdos de la traducción francesa de *Las mil y una noche* creando en las imaginaciones de los italianos del ottocento la estampa de aquellos árabes: “¿qué hacían en Sicilia, en Palermo, cómo eran sus casas, sus jardines, sus mujeres...?”. Y la fecha exacta del manuscrito: “24 del mes de reginal, 385 de Mahoma, lo que vale decir 24 de enero de 998”; y los enigmáticos caracteres del códice que se denominan morosículos: “en realidad, se tratan tan solo del maltés, el dialecto de la isla de Malta, transcrito mediante el alfabeto árabe. Es decir, que su tarea, en rigor, consistía en transformar un texto árabe en un texto maltés transcrito en caracteres arábigos una vida de Mahoma en árabe en una historia de Sicilia en maltés”. Las dos empresas, los dos manuscritos —el *Archivo de Sicilia* y el *Archivo de Egipto*— son acariciados en sus centros y folios color arena con la misma voluptuosidad que las mujeres casadas de una Sicilia literaria —que nos lleva al clima también voluptuoso de *El Gatopardo* de Lampedusa— en la que se ponen de moda los cuadros vivientes, estratagema mediante la cual la condesa de Regalpetra suplantaba la miniatura del desnudo de un cuadro de François Bou-

cher mientras el conde se interesaba por lo que ambos *Archivos de Sicilia y de Egipto* pudiesen afectar a la propiedad de sus posesiones. La fiesta de Santa Rosalía, el virrey Carracciolo en pleno auge de su poder, algún vocablo del dialecto napolitano, el color de la sentencia latina dan vida a la novela que acaba con el ritmo de la novela policíaca de nuestra época cuando toda la acción converge en el proceso de la estafa de los falsos o fingidos códices, tan reales que evocaban aquel otro de Cambridge con una Sicilia más entera.

La novela de Sciascia se inscribe en esa preferencia actual por las recreaciones históricas como fascinante fabulación en cuyo friso hay que situar el *Bomarzo* de Mujica Láinez y la novela de Umberto Eco, ambas zambulléndose sus autores en plena época y entorno escogidos: es el mundo del embrujo literario al que abrió las puertas Schliemann con sus descubrimientos de la ciudad de Troya. El humorismo inglés llevaría a Elena de Troya a tomar el thé a las cinco; el humorismo de Sciascia anima la Sicilia a la que pudieran envarar las veracidades de los códices que aparentaron convertirse en estafa. En torno a la Biblioteca de Eco, al guardián de los libros de Borges y al pretexto de transcripción para disimular caricias en desnudos muy mediterráneos, en la prosa de Sciascia, un saludable y gozoso sentido del humor sacude sus creaciones literarias: el mismo sentido del humor que siempre alentó en el espíritu de las Academias y que es consustancial con la esencia de la Academia; el que alentaba en el Renacimiento en la Academia de Sannazzaro en Nápoles cerca del espíritu del Palermo de la novela de Sciascia que indaga en el pasado árabe de Sicilia con el mismo aire, displicente y no transcendente con el que nuestra ciudad de Granada bucea también a la búsqueda de su

prehistoria oriental, para poderse quitar de delante su talante plateresco-renacentista y el peso de su barroco. Pero es inútil. Como lo es en esta Casa de la vieja Madraza en la que alternaron en sus discusiones y chanzas los primeros caballeros veinticuatro que serían testigos de cómo pleiteaban la Ciudad y el Cabildo catedralicio por intentos de descalificar al de enfrente, es por lo que siempre se discute en las provincias, cuyo mapa divisorio trazó un hijo ilustre de Motril por los mismos años en los que en Francia se comenzaba a cantar la *Marsellesa* y el músico Glinka, que vendría a visitar la Alhambra, creaba también una ópera patriótica.

PUBLICACIONES

LIBROS Y EDICIONES

1. Pedro Soto de Rojas. (Editorial "Universidad de Granada"). Granada, 1948, 360 págs.
2. Francisco y Juan de Trillo y Figueroa. (Editorial "Universidad de Granada"). Granada, 1958, 140 págs.
3. Obras de don Pedro Soto de Rojas. Edición y Prólogo de A. G. M. (Editorial "C.S.I.C.", Colección "Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos", V). Madrid, 1950, 512 págs.
4. Obras de don Francisco de Trillo y Figueroa. Edición y Prólogo de A. G. M. (Editorial "C.S.I.C.", Colección "Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos", VI). Madrid, 1951, 699 págs.
5. Dos ensayos sobre poesía española del siglo XVI. (Editorial "Insula"). Madrid, 1951, 74 págs.
6. Vida y poesía de Gerardo Diego. Premio de Biografía Aedos 1955. (Editorial "Aedos"). Barcelona, 1956, 272 págs.
7. Antología en honor de Garcilaso de la Vega. Selección y razón previa de A. G. M. Prólogo de Gregorio Marañón. (Editorial "Guadarrama"). Madrid, 1959, 290 págs.
8. Bernardim Ribeiro y su novela "Menina e Moça". (Editorial "C.S.I.C."). Madrid, 1960, 112 págs.
9. El Mito de Faetón en la Literatura Española. (Editorial "C.S.I.C."). Madrid, 1961, 144 págs.
10. El poeta Garcilaso de la Vega en el teatro español. (Editorial "Universidad de Granada": "Colección Filológica", XX). Granada, 1963, 330 págs.

11. Baltasar Martínez Durán: Vida y poesía de un escritor andaluz del siglo XIX. (Editorial "Universidad de Granada"). 1964, 174 págs.
12. Casa de los Tiros. (Editorial "Dirección General de Bellas Artes". Colección "Guías de los Museos de España", XI). Madrid, 1962, 72 págs.
13. Angel Ganivet, el excéntrico del 98. (Editorial "Albaicín"). Granada, 1965, 280 págs.
14. Garcilaso de la Vega y sus Comentaristas. Obras completas del Poeta, acompañadas de los textos íntegros de los comentarios de El Brocense, Fernando de Herrera, Tamayo de Vargas y Azara. Edición, introducción, notas, cronología y bibliografía por A. G. M. (Editorial "Universidad de Granada"). Granada, 1967, 702 págs.
15. Epistolario de Federico García Lorca: Cartas, postales, poemas y dibujos. (Editorial "Moneda y Crédito". Colección "Letras Amigas"). Madrid, 1968, 175 págs.
16. Literatura de Tema Deportivo. (Editorial "Prensa Española". Colección "Los Tres Dados"). Madrid, 1969, 394 págs.
17. Teatro Selecto de Federico García Lorca. Edición y Prólogo de A. G. M. (Editorial "Escelicer"). Madrid, 1969, 444 págs.
18. Teatro selecto de Federico García Lorca. Edición y Prólogo de A. G. M. (Editorial "Las Américas Publishing Company"). Madrid, 1969, 444 págs.
19. La Casa de Bernarda Alba, de Federico García Lorca, Prólogo de A. G. M. (Editorial "Edil, INC"). Río Piedras, Puerto Rico, 1971, 88 págs. (Sin autorización del autor).
20. Sesenta escritores granadinos con sus partidas de bautismo. (Editorial "Caja de Ahorros de Granada"). Granada, 1970, 179 págs.
21. En torno a Garcilaso y otros ensayos. (Editorial "Guadarrama". Colección "Punto Omega", 105). Madrid, 1970, 202 págs.
22. Estudios sobre Poesía Española del Primer Siglo de Oro: La Escuela de Garcilosa. El andaluz Fernando de Herrera. La escuela de Góngora, Pedro Soto de Rojas, Francisco de Trillo y Figueroa. (Editorial "Insula"). Madrid, 1970, 256 págs.

23. Cinco impresores granadinos de los siglos XVI y XVII. (Editorial "Universidad de Granada"). Granada, 1970, 156 págs.
24. Estudios y Textos ganivetianos. (Editorial "C.S.I.C."). Madrid, 1971, 214 págs.
25. Eglogas de Garcilosa de la Vega. Edición, Prólogo y notas de A. G. M. (Editorial "Narcea", Colección "Bitacora, 24"). Madrid, 1971, 164 págs.
26. Garcilaso de la Vega y sus comentaristas. Obras completas del poeta, acompañadas de los textos íntegros de los comentarios de El Brocense, Fernando de Herrera, Tamayo de Vargas y Azara. Edición, introducción, notas, cronología, bibliografía e índices de autores citados por A. G. M. Segunda Edición revisada y adicionada. (Editorial "Gredos"). Madrid, 1972, 700 págs.
27. Diez ensayos sobre Literatura Española. (Editorial "Revista de Occidente"). Madrid, 1973, 238 págs.
28. Antonio Gallego Burín (1895-1961). (Editorial "Moneda y Crédito"). Madrid, 1973, 160 págs.
29. Antología poética de Sierra Nevada. (Editorial "Universidad de Granada"). Granada, 1973, 168 págs.
30. Obras de Garcilosa de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera. Edición facsimilar. Prólogo de A. G. M. (C.S.I.C. Col. "Clásicos Hispánicos", VII). Madrid, 1973, XXX + 696 págs.
31. Angel Ganivet, El excéntrico del 98. Segunda edición revisada. (Editorial "Guadarrama". Colección "Punto Omega", 197). Madrid, 1974, 181 págs.
32. Malaparte, Picasso y otros 40 ensayos. (Editora Nacional Libros de Bolsillo). Madrid, 1975, 174 págs.
33. Teatro de Ignacio Sánchez Mejías. Edición, Prólogo y Bibliografía, por A. G. M. (Ediciones del Centro). Madrid, 1976, 140 págs.
34. 20 artículos sobre Sierra Nevada. Granada, 1977, 150 págs.
35. Poetas y algo más. Sevilla, 1978, 380 págs.
36. Garcilaso: Documentos completos. (Editorial "Planeta"). Madrid, 1976, 350 págs.

37. Fama poética de Garcilaso de la Vega: Antología poética en honor de Garcilaso. El poeta Garcilaso en el teatro. Bibliografía garcilasiana. (Editorial "Universidad de Granada"). Granada, 1978, 466 págs.
38. Los Comentaristas de Garcilaso de la Vega. Discurso de apertura del Curso Académico 1979-1980 en la Universidad de Granada. Granada, 1979, 91 págs. (Existe tirada aparte).
39. El Segundo siglo de Oro de la Cultura Española. Granada, 1980, 34 págs.
40. Garcilaso de la Vega. Obras Completas. Edición, introducción y notas de A. G. M. (Editorial "Planeta". Colección "Clásicos Universales Planeta", 62). Barcelona, 1938, 168 págs.
41. Intervenciones Académicas. (Editorial Universidad de Granada". Colección "Propuesta", 9). Granada, 1984, 156 págs.
42. Literatura. Prosa. Verso. (Vol. VIII de la "Gran Enciclopedia de España y América". Editorial Espasa). Madrid, 1985.
43. De Cocina Andaluza. (Editorial "Don Quijote"). Granada, 1985.
44. Teatro de Ignacio Sánchez Mejías. 2.^a edición aumentada con una nueva obra del autor. Edición, Prólogo y Bibliografía por A. G. M. (Editorial Espasa-Calpe). Madrid, 1985.
45. Garcilaso de la Vega. Obras. Edición, prólogo y notas de A. G. M. (Editorial Espasa. "Colección Austral", 63). Madrid, 1985.
46. Notas sobre la edición de Evora de "Menina e Moça". Granada, 1952, 14 págs.
47. Poesías castellanas de Francisco Sá de Miranda. Edición y prólogo de A. G. M. (En preparación).
48. Biografía ilustrada de Garcilaso de la Vega. (En preparación).
49. Baltasar Martínez Durán. Vida y poesía de un escritor andaluz del siglo XIX y Poesía de tema antequerano. (En prensa).
50. Una escritora mística del siglo XVIII: "La Madre María Gertrudis. Edición de su "Vida espiritual". (En preparación).

51. Obras Completas de Angel Ganivet. Edición, prólogo y bibliografía. (En preparación).
52. Aspectos de Andalucía. (En preparación).
53. Temas y Ensayos ganivetianos. (En prensa).

SEPARATAS, TIRADAS APARTE Y CASSETTES

54. Nuevos documentos para la biografía de Soto de Rojas. "Boletín de la Real Academia Española". Madrid, 1949, T. XXXIX, págs. 511-516.
55. Un romance de Trillo Figueroa y otro romance contra Trillo Figueroa. "Boletín de la Real Academia Española". Madrid, 1952, T. XXXII, págs. 223-231.
56. Poesías de don Juan de Trillo Figueroa. "Boletín de la Universidad de Granada". Granada, 1951, T. XXIII, págs. 87-114.
57. Bibliografía de Garcilaso. "Revista Bibliográfica y Documental". Madrid, 1949, T. XXX, págs. 53-92.
58. Pleito de Elena de Zúñiga, viuda de Garcilaso, con la ciudad de Badajoz (1575). "Revista de Estudios Extremeños". Badajoz, 1960, T. XXIV, págs. 5-50.
59. La escuela de Garcilasoo. (Arbor". Madrid, 1950, T. XVII, págs. 27-47.
90. Una lanza por Pacheco, editor de Fernando de Herrera. "Revista de Filología Española". Madrid, 1951, T. XXXV, págs. 133-138.
61. La escuela gongorina. Separata del tercer volumen de la "Historia General de las Literaturas Hispánicas" de la Editorial Barna. Barcelona, 1952, T. III, págs. 369-496.
62. Sobre *Paulenca*. "Revista de Filología Española". Madrid, 1961, T. XXXV, págs. 139-142.
63. Versiones españolas de los "Cuentos de la Alhambra", de Washington Irving. "Boletín de la Universidad de Granada". Granada, 1945. T. XVII, págs. 344-347.
64. San Juan de la Cruz en Granada. "Boletín de la Universidad de Granada". Granada, 1946, T. XVII, págs. 145-157.

65. Nebrija en la imprenta granadina de sus hijos. "Revista Bibliográfica y Documental". Madrid, 1947, T. I, págs. 213-231.
66. Un poeta e impresor del siglo XVII: Baltasar de Bolívar. "Revista Bibliográfica y Documental". Madrid, 1947, T. I, págs. 469-472.
67. Unas poesías de don José Solís. "Revista de la Universidad de Oviedo". Oviedo, 1947, T. VIII, págs. 119-150.
68. Una escritora mística del siglo XVIII: La madre María Gertrudis. "Revista Bibliográfica y Documental". Madrid, 1951, T. V, págs. 47-96.
69. Baltasar Martínez Durán (1847-1947). "Cuadernos de Literatura". Madrid, 1947, T. I, págs. 487-496.
70. Ganivet enjuicia el Idearium. "Arbor". Madrid, 1943, T. XI, págs. 481-484.
71. Un ciprés en la poesía española. "Cuadernos Hispanoamericanos". Madrid, 1952, T. X, págs. 305-316.
72. Gerardo Diego en Soria y Soria en Gerardo Diego. "Celtiberia". Soria, 1958, T. VI, págs. 51-83.
73. Ganivet y Unamuno a cincuenta años de distancia. "Insula". Madrid, 1946, 8 págs. (Tirada aparte).
74. Algunas noticias sobre don Martín Vázquez Siruela. En "Estudios dedicados a Menéndez Pidal". Madrid, 1953, T. IV, págs. 405-464.
75. Treinta partidas de bautismo de escritores granadinos. "Boletín de la Real Academia Española". Madrid, 1953, págs. 261-284.
76. Interpretación estética del Mito de Faetón. "Revista de Ideas Estéticas". Madrid, 1956, T. XIV, págs. 129-145.
77. Discursos de apertura del Curso Académico en la Universidad de Granada (1837-1945). "Boletín de la Universidad de Granada". Granada, 1945, T. III, págs. 175-210.
78. Varios poemas inéditos de la Fábula de Faetón. "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos". Madrid, 1959, T. LXVII, págs. 193-218.
79. "The Alhambra" de Washington Irving y sus traducciones españolas. "Revista Hispánica Moderna". Nueva York, 1960, T. XXVI, págs. 136-142.

80. El Río Guadalquivir en la poesía española. En "Homenaje a Dámaso Alonso". Madrid, 1961, T. I, págs. 7-30.
81. Unas Cartas de García Lorca a Antonio Gallego Burín. "Cuadernos de Arte y Literatura". Granada, 1963, págs. 73-81.
82. Poemas en francés de Angel Ganivet. "Revista de Occidente". Madrid, 1965, T. XI, págs. 356-371.
83. El primer poema publicado por Federico García Lorca. "Bulletin Hispanique". Bordeaux, 1967, T. LXIX, págs. 487-492.
84. Unamuno y el deporte. "Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno". Salamanca, 1970, T. XX, págs. 25-29.
85. Un trabajo inédito y universitario de Juan Valera. "Boletín de la Real Academia Española". Madrid, 1971, T. LII, páginas 149-153.
86. Necrología: Homero Seris (1879-1969). "Revista de Filología Española". Madrid, 1971, T. LIV, págs. 165-175.
87. Casa de los Tiros. (Colección "Temas de nuestra Andalucía, 3"). Granada, 1971, 20 págs.
88. Gastronomía granadina. (Colección "Temas de nuestra Andalucía, 5"). Granada, 1971, 20 págs.
89. El monólogo interior. (En "Novela y Novelistas. Reunión de Málaga, 1972"). Málaga, 1973, págs. 121-138.
90. Los primeros artículos de José F. Montesinos (1915-1918). "Cuadernos Hispanoamericanos". Madrid, 1975, T. CI, páginas 260-290.
91. La Corte de Carlos V en la Alhambra en 1526. "Miscelánea de Estudios dedicados al profesor Antonio Marín Ocete". Granada, 1974, T. I, págs. 267-294.
92. Pervivencia del Mito de Don Juan en el "Tenorio" de Zorrilla. En ("El Teatro y su crítica. Reunión de Málaga, 1973"). Málaga, 1975, págs. 141-155.
93. Palabras pronunciadas por A. G. M. en el acto de su toma de posesión como presidente de la Comisión Gestora de la Universidad de Málaga. Málaga, 1973, 9 págs.
94. La Universidad hoy. Conferencia. Málaga, 1973, 21 págs.

95. Garcilaso de la Vega en los "Cronistas" de Carlos V y en las "Vidas" de San Francisco de Borja. "Boletín de la Real Academia de Historia". Madrid, 1976, T. CCXXIII, páginas 63-96.
96. Intervenciones Académicas. En "Antonio Gallego Morell, Presidente de la Comisión Gestora de la Universidad de Málaga". Málaga, 1975, págs. 3-28.
97. Pablo Neruda en su generación. (En "Poesía. Reunión de Málaga, 1974"). Málaga, 1976, págs. 3-49.
98. Ganivet y Granada. "Colección "Temas de nuestra Andalucía, 37)". Granada, 1975, 20 págs.
99. Festival de Música y Danza. (Colección "Temas de nuestra Andalucía, 40"). Granada, 1976, 20 págs.
100. Discurso de apertura del Curso Académico 1976-77 en la Universidad de Granada, pronunciado por el Prof. A. G. M. Granada, 1976, 19 págs.
101. El teatro lorquiano: del fracaso inicial a la apotosis. Homenaje a Manuel Alvar. Madrid, 1985.
102. Don Antonio Rodríguez Espinosa, el maestro de García Lorca, también era poeta. En "Lecturas del 27". Granada, 1980, págs. 65-80.
103. La huella de Heine en la Granada del siglo XX. "Cuadernos de la Asociación Hispano Alemana. Granada, 1979, T. II, págs. 1-18.
104. Ganivet, ensayista. (En "Ensayo. Reunión de Málaga, 1975"). Málaga, 1980, págs. 157-170.
105. Discursos leídos por los Excmos. Sres. D. Juan de Dios López González y D. Antonio Gallego Morell en la toma de posesión de este último como nuevo Rector el día 15 de septiembre de 1976. Granada, 1976, 19 págs.
106. La poesía lírica de Antonio Mira de Amescua y bibliografía del escritor. "Boletín de la Real Academia Española". Madrid, 1984, T. LXIV, págs. 333-361.
107. Ignacio Sánchez Mejías, autor teatral. En "Homenaje a Mathilde Pomés". "Revista de la Universidad Complutense". Madrid, 1977, T. XXVI, págs. 97-112.

107. Bibliografía de Antonio Gallego Morell. Granada, 1978.
109. Discurso de Apertura del Curso Académico 177-1978 en la Universidad de Granada pronunciado por el Prof. A. G. M. Granada ,1977, 16 págs.
110. La Universidad de Granada. (Colección "Temas de nuestra Andalucía, 48"). Granada, 1980, 20 págs.
111. Dimensión literaria del García Lorca dibujante. (Con dos dibujos inéditos del poeta). En "Estudios sobre Literatura y Arte dedicados al Profesor Emilio Orozco Díaz. Granada, 1979. T. II, págs. 7-20.
112. García Lorca y el "Poema del Cante Jondo". En "Homenaje a José Manuel Blecua". Madrid, 1983, págs. 203-215.
113. El segundo siglo de oro de las letras en lengua española. "Culturas". París, 1970. Vol. VII, n.º 1, págs. 79-89.
114. Tres artículos de Angel Ganivet desde Gante y Amberes. Introducción sobre "Ganivet, cónsul de España en Bélgica", por A. G. M. Granada, 1982, 53 págs.
115. Resurrección de los Autos Sacramentales en Granada en 1927. "Actas del Congreso Internacional sobre Calderón y el teatro español del Siglo de Oro". Revista "Segismundo" 6. Madrid, 1981, págs. 1141-1420.
116. Sobre el espíritu de las traducciones (De Mme. de Staël a Octavio Paz). En "Estudios Románicos dedicados al profesor Andrés Soria Ortega". T. II, págs. 63-174.
117. Ganivet, escritor del 98. Col. "Aula Magna" de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. (DLM-26067). Madrid, 1976.
118. Premios "Mariano de Cavia", "Luca de Tena", "Mingote" y "ABC" de Sevilla. Cena homenaje y reproducción de los artículos premiados. Madrid, 1981.
119. La Casa de los Mascarones de Soto de Rojas. Colección "El Carro de San Pedro". Granada, 1984.

COLABORACIONES EN OBRAS DE CONJUNTO

120. En el "Diccionario de la Literatura", de González Porto-Bompiani. Ed. española. Barcelona, 1959. (Diversos artículos).
121. En la "Historia General de las Literaturas Hispánicas". Dirigida por el Prof. Díaz Plaja y editada por Barna. Barcelona, 1950. (Cap. "La escuela Gongorina").
122. "The Alhambra" de Washington Irving y sus traducciones españolas. En "Washington Irving (1859-1959)", por Francisco Morales Padrón, Francisco Morales Souvirón y A. G. M. Granada, 1959.
123. En "La España de cada provincia". Madrid, 1964. (Capítulo "Granada").
124. En "Sierra Nevada" de M. Ferrer. Granada, 1971. (Capítulo "Bibliografía de Sierra Nevada").
125. En "La Literatura Española". Madrid, 1973. Cap. "En Don Juan Tenorio", de Zorrilla).
126. En "Historia de la Literatura Española. (Hasta s. XIV)". Madrid, 1975. (Biblioteca Universitaria Guadiana). (Capítulo "La Poesía en el siglo XVI").
127. En "Historia de la Literatura Española (hasta s. XVI)". Madrid, 1980. (Biblioteca Universitaria Guadiana). (Capítulo "La Poesía del siglo XVI", 2.ª edición).
128. En la "Gran Enciclopedia de Andalucía". Sevilla, 1979, 1980 y 1981. (Diversos artículos).
129. Gómez Moreno, o el 98 de Granada. "Homenaje a Gómez Moreno (1870-1970). Granada, 1972, págs. 259-261.
130. Nuestros viejos. "Homenaje a Gómez Moreno (1870-1970). Granada, 1932, págs. 169-171.
131. La Resurrección de los Autos Sacramentales en la Granada de 1927. En "Asua de veras. Estudios sobre la obra de Calderón". Granada, 1981, págs. 13-24.
132. Un recuerdo a Garcilaso en el Nueva York de Juan Ramón Jiménez. En "Criatura afortunada. Estudios sobre la obra de Juan Ramón Jiménez". Granada, 1981, págs. 85-87.

133. Soto de Rojas: Biografía del poeta gongorino que acertó en el arte de dar título a sus libros. En "Al Ave el Vuelo. Estudios sobre la obra de Soto de Rojas". Granada, 1984, págs. 72-96.
134. La "Oda a Platko". Estudios sobre la obra de Rafael Albert. Granada, 1985.
135. El aula de Machado en Baeza. En "Antonio Machado y Baeza a través de la crítica". Granada, 1983, págs. 113-117.

No se incluyen 110 artículos en revistas, 45 prólogos y ediciones revisadas y 454 artículos periodísticos, que redondean una bibliografía hasta hoy de 744 títulos.

Contestación

del

Excmo. Sr. D. EMILIO OROZCO DIAZ

Excmos. e Ilmos. Sres.;

Señoras y Señores:

Me alegra que haya llegado por fin el momento tan largamente esperado y deseado de recibir en esta Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias al miembro electo don Antonio Gallego Morell; pero lamento que en unas fechas en que yo tenía que realizar tres obligadas ausencias, se me haya pedido el que escriba la contestación a su discurso de ingreso dándole nuestra cariñosa bienvenida y respetuosa salutación. Y lamento esta cierta premura no sólo por el hecho de tener que resumir rápidamente algo de lo mucho que tendría que decir del recipiendario, sino especialmente porque no he tenido todo el sosiego deseado para poder condensar y depurar con melancólico goce triste unos hondos sentimientos que corresponden a una muy larga etapa de mi vida en que he tenido la suerte de tratarle íntimamente y que hoy me parece tan corta al aproximarme a mis años finales.

Tengo la sensación de que más que enumerar méritos se trata para mí de recordar —esto es, de volver a traer al corazón— no una apresurada serie de hechos, sino de evocar unos instantes que para mí constituyeron en algunos casos parte de mi propia vida. Porque el traer a mi memoria los recuerdos del pasado —sobre todo juvenil— de Antonio Gallego Morell supone además, no ya que se me superpongan, sino que se me fundan con ello también los recuerdos de la figura de don

Antonio Gallego Burín, recuerdos que siguen vivos no sólo porque fue un hombre que —como decía el epitafio manriqueño— después de muerto vivo quedó su nombre, sino, además, por lo que para mí, algunos de esos recuerdos representan, pues los siento —repito— como parte de mi vida. Y por esa razón, aunque se trate de dos personalidades muy distintas, para mí siguen vivos y unidos esos recuerdos; y además veo se manifiestan en el hijo algunos valores, rasgos y actitudes que mantienen, desarrollan o amplían algo muy positivo que fue característico del padre. Se mantiene en el hijo vivo y actuando con pasión algo de lo que distinguió al gran alcalde de Granada, amante apasionado y conecedor e historiador de ella y de su arte. Por eso tiene pleno sentido —y no sólo por razón sentimental— que Antonio Gallego Morell venga hoy a recibir la medalla de esta Real Academia que perteneció a don Antonio Gallego Burín.

Siempre resulta difícil encontrar el tono y la medida justa para contestar a un discurso de ingreso en la Academia respetando la forma que el acto protocolario exige, procurando que estas palabras finales elogien y saluden, pero que no distraigan demasiado el discurso del recipiendario y sea éste el que verdaderamente quede resonando en el acto. Quisiera, pues, reducir mi extensión y bajar el tono con cierta sencillez y compostura académica. Pero ello me lo dificulta el hecho de tratarse de una persona a quien traté en la adolescencia en su diario acudir a mis clases de Literatura en el Instituto y seguidamente de joven también como alumno durante sus estudios en la Facultad de Letras, donde ya se impuso como gran alumno de Letras, de personales dotes literarias, y a continuación estrechamos la relación al conseguir la adjuntía de mi cátedra y preparar su tesis

doctoral sobre el poeta Soto de Rojas con la que conseguiría en Madrid el doctorado con todos los honores. Y pocos años después —ya conocido por sus publicaciones— vendría a ocupar junto a mí la otra cátedra de Literatura española existente en nuestra Facultad. Pero como decía antes a todos esos hechos se unían el doble lazo de mi simultánea relación con su padre, de quien fui alumno, ayudante y finalmente compañero, y siempre entusiasta colaborador, junto con don Jesús Bermúdez.

Me cuesta, pues, no decir algo de una persona a la que tanto quise y admiré y que tanto representó para Granada en su vida artística y cultural —y también política— y no sólo durante su extraordinaria e inolvidable actuación de alcalde, sino antes y después de esa etapa ya que de joven su actividad fue desbordante como archivero y como profesor universitario y también por la fama que tuvo como escritor y como amante y conecedor de Granada; incluso después cuando desde la Dirección General de Bellas Artes su acción fue nacional a pesar de sus apasionados amores por Toledo, tuvo siempre presente a Granada; y en cuanto a las Artes, entre otras muchas cosas logró tuviera la ciudad el Museo de Bellas Artes que se merecía cuya instalación y dirección me confió en una prueba de confianza que siempre le agradecí, como siempre le agradecí la generosa fe que tuvo en mis conocimientos y que me demostró en buscar mi colaboración al organizar algunas de sus famosas exposiciones con las que llegó a destacar no sólo en España sino aún fuera de ella. Y como gran legado a su ciudad, junto a sus muchos trabajos realizados en Madrid y en todo el país creó en Granada el Festival de Música y Danza con toda la grandeza y sello de lo internacional.

Perdonad que no haya evitado el dedicar estas frases hacia el padre del recipiendario. Es algo inevitable, pero a lo que quiero referirme es a los años de formación de Gallego Morell como investigador y como crítico, como historiador de la literatura y como escritor. Esos años en que junto a la atrayente y poderosa influencia de su padre pudo actuar algo mi estímulo como catedrático de Literatura al decir del recipiendario.

La inclinación de Gallego Morell por la literatura fue decisiva y temprana, sin vacilaciones. Yo lo percibí desde aquel día en que sentado junto a mi mesa de profesor en la cátedra de Literatura del Instituto contestaba a mis preguntas sobre *La Celestina*. No era sólo el alumno de la lección bien aprendida; en lo que decía demostraba un especial interés por el tema como de quien además de las explicaciones y del texto, acusaba haber leído algo más en un libro de Valbuena. Desde el primer momento se fue apuntando la doble actitud que mantendría ante el hecho literario: el libre comentario crítico literario y la observación de datos concretos documentales y bibliográficos. Durante los estudios de la carrera no sólo no dudó, sino que ahondaba y avanzaba, y en su paso a la licenciatura comenzaron sus artículos y creación de revistas, con otros jóvenes universitarios también de especial significación, donde aquellos se publican, aparte de otros en Madrid.

A la publicación de su tesis Doctoral siguió pocos años después la de otro libro sobre Francisco y Juan Trillo de Figueroa cuyas obras tras la de Soto editó. Y en los primeros años de sus publicaciones no faltaron artículos sobre Garcilaso. El camino para su cátedra de Historia de la Literatura estaba trazado y se iba asegurando bien. Don Antonio Gallego Burín durante todos

esos años de estudiante, de licenciado y doctor de su hijo se dolió ante mí varias veces por no ver en él la inclinación por la cátedra de Historia del Arte. Yo lo justificaba no sólo porque veía elocuentemente su valía especial para la literatura, sino porque también, en cierto modo encontraba en la abierta y rica personalidad de don Antonio padre unos rasgos y actividades sobre todo juveniles que eran justificación de las inclinaciones literarias del hijo.

En los vivos paréntesis que Gallego Morell, hace en la biografía de su padre afirma como íntima reflexión: “Yo creo siempre que mi padre sintió luego celos de Emilio Orozco por decidirme yo no por Historia del Arte, sino por la Historia de la Literatura”. Y poco más abajo, como si replicara a la actitud de su padre, contesta y pregunta a ese oculto, pero posible, pensamiento paterno: “¿No había escrito él su *Poema del Convento*?; ¿Por qué tenía yo —continúa— que empeñarme en andar como por mi casa por las plantas de los templos románicos?”.

Sí, algo influí o impulsé en la vocación del joven Gallego Morell y en su actividad, hoy sobre todo me siento no sólo tranquilo por mi posible responsabilidad, sino satisfecho y orgulloso por ver plenamente realizado y con amplio porvenir el gran hombre de letras que vi ya en él en su arranque juvenil. Pero, además, sigo pensando que en su padre había un arranque un florecer juvenil de hombre de letras que se había manifestado en inagotable actividad literaria —incluso con la creación de un periódico— multiplicando sus artículos de amplia variedad, en la que coexistía lo literario con la política y especialmente la política cultural con actitud de lucha y campaña de prensa. Todo ello junto al inves-

tigador y erudito de historia, arte y literatura. Es verdad que terminó centrándose en la Historia del Arte y que como gran éxito de investigación crítica ofreció todavía joven un libro inolvidable en la bibliografía artística granadina, su *José de Mora*, vivo hoy en sus valores de investigación y sensibilidad crítica y con algunos trozos de una calidad literaria verdaderamente de antología. Seguidamente vino su triunfo en las oposiciones de cátedra de Historia del Arte de Salamanca, aunque él prefiriera por el momento pedir la excedencia y seguir en Granada como archivero y auxiliar en la Facultad de Letras. Puen bien, en esas fechas y con ese motivo de su nombramiento de catedrático Gallego Burín hace una entusiasta y categórica afirmación de la más alta valoración y amor por la literatura. En la más importante comida que se organizó en su honor por su triunfo, celebrada en el Hotel Alhambra Palace, don Antonio brinda por la literatura. En el característico tono vibrante con que leía sus discursos terminó así: “Recuerdo —dijo— que en una cierta ocasión un fino escritor español, aludiendo al gran valor de esa parte espiritual de toda cosa señalaba esa frase vulgar y despectiva cosa que muchos juzgan una obra o un acto diciendo de ella: ¡Bah, el resto es literatura! Pues bien, señores —concluyó rotundo—, brindemos por el resto”. Cuando veo esa frase llena de ilusión y de ímpetu, pienso que, inconscientemente, estaba brindando por el porvenir de su hijo Antonio que entonces comenzaba a saber leer.

Buena prueba de lo dicho es que temas literarios como el de Soto de Rojas o el de Ganivet que fueron objeto de artículos, prólogos o conferencias en Gallego Burín hayan llegado a ser en su hijo densos y voluminosos libros definitivos acusándonos con ello que las inquietudes literarias del padre no se perdieron, sino que

perduraron y se decantaron con cumplida aportación de la investigación y de la crítica.

Antonio Gallego Morell surge, se forma y comienza a intervenir intensamente con sus múltiples publicaciones enlazando con la vida y actividad de su padre y aparte su continua labor literaria de buen investigador y articulista —en la que no faltan los temas artísticos— realiza desde los distintos cargos que va ocupando una serie de trabajos de instalación y organización de actos que supone en parte por su alto tono y sentido la continuación actualizada de lo hecho por su padre. Hay en él el mismo gusto por la organización e instalación y decoración artística de locales de instituciones que dirige y organiza. También muestra el mismo grado de entusiasmo en la campaña y promoción de una empresa artístico-cultural, la resurrección de una fiesta típica granadina. Todos recordamos cuando llevó la Delegación de Turismo su gran campaña de promoción de Sierra Nevada, no sólo con artículos, sino con una gran Exposición y con el respaldo personal del profesor de Literatura con una espléndida Antología sobre nuestra Sierra. También recuerdan todos, como, desarrollando una iniciativa de su padre en sus años de alcalde, se lanzó a darle el máximo esplendor al Día de la Santa Cruz, logrando desde entonces quedara en nuestro calendario como un gran día de regocijo de primavera granadina. Como Director del Museo de la Casa de los Tiros una de las grandes creaciones de su padre —que como dice su hijo constituyó con su instalación un estilo—, Gallego Morell continuó y amplió sus instalaciones y le añadió la Hemeroteca aparte de continuar su labor de análoga significación cultural. Durante su etapa de presidente de la Junta rectora de la Universidad de Málaga, aparte darle el impulso inicial, igualmente de-

mostró sus condiciones de organizador e instalador de sus dependencias. Como director del Patronato de la Alhambra ha velado desinteresadamente por la conservación y digna presentación de nuestro gran monumento universal. Pero su gran obra en este sentido corresponde a su doble etapa de rector de nuestra Universidad. Ha velado sobre todo por su noble y mejor instalación y sobrevaloración de exposiciones y actos académicos del mejor tono. Nuestra idea de instalar en el Hospital Real la Biblioteca General él la amplió con la más noble ambición instalando en el gran monumento todos los servicios centrales y actividades del Rectorado y logra darle a los recintos universitarios el más suntuoso aspecto que nunca han tenido.

Si he hecho esta rapidísima alusión a unos rasgos y hechos de la conocida labor de Antonio Gallego Morell ha sido por dos razones; de una parte porque nos descubre en el hombre de letras una importante y variada actividad que se vierte plenamente al campo del arte, aunque tenga variadas implicaciones; de otra porque se nos descubre tras todo ello algo del recuerdo de unos rasgos que —con muchas variantes de circunstancia y motivación— fueron distintivas de la inquietud ilusionada e insistente labor de su padre durante toda su vida, que la cerró, precisamente, con el gran esfuerzo y gran logro que fue la extraordinaria exposición del tercer centenario de la muerte de Velázquez. Son dos vidas que en su íntimo y oculto vivir y trabajar y en su intenso y desbordante actuar no podemos separarlas totalmente en cuanto a significación cultural en Granada. Cuando el hijo escribe la citada biografía de su padre —en un libro que todo buen granadino debería leer— procurando mantener la objetividad de cronista y frenar los emocionados recuerdos que inevitablemente impulsa su

pluma, sin embargo, el biógrafo tiene que romper el fluir de su texto e intercalar breves o amplios paréntesis —que destaca, como íntima voz personal, en letra cursiva— introduciéndose como testigo inmediato incluso junto a su padre y su círculo, como niño, adolescente, como joven que comenzaba a vivir sus inquietudes literarias, artísticas —y algo las políticas— dentro del propio mundo que centraba y alentaba don Antonio Gallego Burín en Granada. Así nadie mejor que su hijo podía sustituirle en esta Real Academia granadina.

Confieso que cuando me enfrenté con el discurso de nuestro querido nuevo académico experimenté ante su tema y personal estilo una primera sensación de extrañeza. Me parecía respondía, aunque con mayor extensión y riqueza de citas y datos eruditos, a dar una muestra más destacada, de sus innumerables artículos de perfil de ensayo de circunstancias ligado a un momento o hecho importante a sus actividades, a sus trabajos extensos o a sus visitas y viajes. A ellos nos tiene acostumbrados como atractiva y ágil vestidura comunicativa de su más escondida y rigurosa labor continua de investigador y crítico. Aunque muchos de sus artículos de circunstancia, sean de circunstancias graves o serias o de glosa de hechos ocasionales y anécdotas que en él —diríamos con términos dorsianos— se convierten a veces en auténtica categoría. La lectura de este ensayo-discurso no puede ocultar en su fondo unas preocupaciones y vivencias que habían actuado en él en sus últimos años de rectorado en que luchó hasta lograr hacer realidad la creación en Granada de la Escuela Universitaria de Biblioteconomía. Pero tanto ese hecho como la redacción del discurso nos descubren en el fondo un rasgo esencial de la contrapuesta actitud de Antonio Gallego Morell como investigador y como crítico ante el fenó-

meno literario. De una parte se desborda, recorta o complica en ágiles cambios y saltos apoyado en una lectura, recuerdo personal o vivencia que asocia y relaciona desde lo más remoto a lo más actual, desde lo más distante a lo más próximo y presente; pero junto a esa agilidad y libertad literaria se ha sentido siempre atraído por la referencia concreta al libro, para agotar la bibliografía del tema. Así lo vemos en los comienzos de su abundante producción cuando inicia sus trabajos y artículos sobre Garcilaso que aparte la edición completa de documentos, cierra con su citado gran libro de erudición *Garcilaso y sus Comentaristas*. Ya en esos comienzos publica una ordenada y completa bibliografía —y seguiría atento a ello y completa en el citado libro—; y últimamente en un artículo publicado en el “Boletín de la Real Academia Española” sobre la poesía de Mira de Amescua le une como segunda parte una bibliografía de conjunto sobre el gran escritor y autor dramático.

Creo que los dos casos que he destacado de la vida del joven y del maduro profesor y escritor, nos explica mejor que nada la razón última del tema de este discurso, de hablar del libro. No voy a adentrarme yo en el tema haciendo de mi contestación rápido apéndice o epílogo. Sólo quiero señalar, porque me repercute más directamente como amante del Barroco, que inicie su disertación como posible antología de urgencia del tema del libro en nuestra historia literaria, recordando el grave y pesimista soneto de Quevedo donde se habla del libro en su más profunda significación: no como elemento de trabajo ni como síntesis de saber ni como ocasional distracción, sino como una realidad más viva como íntimo y personal amigo que nos habla en la soledad y el desengaño. Esto es como parte que se *integra y alienta el sueño de la vida*. Quevedo, aunque se sienta

retirado en la *paz de los desiertos* de su Torre de Juan Abad, sus *pocos libros le hablan despiertos*. Con inquietante gravedad trascendente lo declara en los versos que antes escuchamos: “con pocos pero doctos libros juntos / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos”.

Yo quisiera agregarle aquí para esa apresurada antología del libro los versos de otro gran poeta barroco de esos años, don Luis de Góngora, que retirado a su *pobre albergue de Andalucía*, a su *patinejo* y jardincillo, profundamente desengañado, busca como su gran poeta rival esos *pocos libros* como seres que le hablan para pasar su vida mientras se arruga y envejece. Y si Góngora comienza su soneto con burlas e ironías sobre el fracaso de su intento de marchar a Nápoles con el Conde de Lemos o a París con el Duque de Feria, se pregunta seguidamente en su quebrar de burlas a veras, para concluir revelando su diálogo con los libros como vía de salvación. La concreta desilusión sufrida por los fracasados viajes caía en Góngora sobre el más hondo y general desengaño de la corte, con sus falsos caballeros y la injusticia de la justicia. Así había salido maldiciendo de todo, dolido y amargado, aunque sin perder el humor. Así cubriéndose con la capa de las burlas comienza su soneto, pero con ingenioso juego conceptuoso de palabras nos dice la verdad de lo que le consuela en su rincón cordobés:

Con pocos libros libres (libres digo
de expurgaciones) paso y me paseo
ya que el tiempo me pasa como higo.

Pero los libros le hacen hablar claro y declarar sin retorcimientos ni metafóricas palabras, la gran verdad que ansía y le descubren los libros:

No espero en mi verdad a lo que no creo:
espero en mi consciencia lo que digo:
mi salvación, que es lo que más deseo.

Si nuestro nuevo académico arrancaba su discurso con un gran texto barroco, yo como un eco de sus palabras e identificación con su pensamiento, al aproximarme al final de mis obligadas frases de contestación me he ido también al estilo de mi especial vocación artística, precisamente la que fue predominante en el arranque en investigación del recipiendario con sus estudios sobre poetas barrocos granadinos.

Pero a pesar de ello, como decíamos, el decisivo impulso de su constante y profunda vocación literaria arrancó de la lectura de los suaves y melancólicos versos de Garcilaso en la que yo tuve parte. Lo ha declarado en esa preciosa y precisa biografía que escribió de su padre, ya recordada. Y lo cito hoy porque asumo por elección suya el hecho de contestar a su discurso, y porque sería el tema que daría en él un enorme caudal de investigación: En esa biografía dice que su encuentro con Garcilaso se realizó especialmente en mis clases de Literatura de la Universidad. Lo que es claro es que él y yo nos encontramos escuchando el *dolorido sentir* de un magnífico soneto del poeta toledano, que aunque inspirado por otro italiano, incitaba con penetrante voz personal a gozar de la juventud antes de que llegue la vejez. Se trataba del soneto XXIII de la edición de sus obras que comentábamos en clase. Precisamente un soneto cuyo tema y modelo seguiría después Góngora, aunque en éste la incitación a gozar de las seducciones sensuales de la juventud quede aplastada, ahogada por el terrible anuncio no ya de la triste vejez, sino de la angustia de la muerte, de la total aniquilación de lo

humano. Todo se convertirá en inevitable proceso de destrucción: *En tierra, en polvo, en humo, en sombra, en nada.*

El soneto de Garcilaso, por el contrario, responde al sentido renacentista alegre del vivir y su incitación a coger el dulce fruto *de la primavera de la vida* sólo lo sombrea el anuncio del paso del tiempo. Así el futuro de la llegada de la vejez queda lejano y se declara con expresiones metafóricas que sólo empañan de melancolía su clara y limpia voz, aunque en versos rotundos.

Permítaseme que la nostalgia del viejo profesor me haga recordar ese momento aludido de una de mis clases en que el joven Gallego Morell se entusiasmaba junto con su profesor leyendo un soneto de Garcilaso. Lo quiero recordar con las citadas propias palabras suyas con las que refuerza las causas de su vocación por la literatura: “Yo fui alumno de Emilio Orozco en el Instituto —dice— y entonces comenzó a incubarse mi decisión de estudiar literatura”. Y añade: “y creo que tuvo la culpa un soneto de Garcilaso, el XXIII, a que una tarde dedicó Orozco más de media clase”... Dejádme, por último, completar ese recuerdo —porque es lo más importante— recitar ese soneto en la forma en que en años juveniles lo aprendí:

En tanto de que rosa y d'azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena;

 y en tanto que'l cabello, que'n la vena
del oro s'escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;

 coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que'l tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

 Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.